

Mercenarios medievales. Metodología, definiciones y problemas

Medieval Mercenaries: Methodology, Definitions and Problems*

Kelly DeVries
Loyola College Baltimore

Hace unos años, cuando trabajaba como asistente en una Biblioteca Genealógica, un cliente me pidió ayuda con ciertos registros militares de la Prusia de Federico el Grande. Eran listas de reclutamiento bastante detalladas, citando todo rasgo identificativo de los soldados que un genealogista pudiera desear. Sin embargo, en la segunda página el registro del último soldado estaba escrito boca abajo. Al ser preguntado por el motivo, repasé todas las razones paleográficas o codicológicas posibles para tal ocurrencia. Sin embargo, ninguna de ellas era la correcta, pues un par de páginas de otro registro también estaban del revés, y esta vez a mitad de la página; una de las páginas siguientes tenía otras dos entradas boca abajo. Nos convertimos en detectives históricos, y no tardamos demasiado en darnos cuenta de cuál era la razón —en realidad me avergüenza decir que el cliente dio con la respuesta antes que yo—. Todos eran bastardos. Sus nacimientos ilegítimos eran causa de estigmatización, por lo menos en los registros de reclutamiento de la Prusia de Federico el Grande¹. Me pareció tan extraño entonces como me lo parece ahora, que lo que muchos considerarían la más baja de las profesiones discriminara entre soldados distintos por algo que ninguno de ellos era capaz de determinar personalmente, la legitimidad de su nacimiento.

La razón por la que a lo largo de la historia ciertos individuos han sido elegidos, o más frecuentemente reclutados, para convertirse en soldados, y por la que deberían querer luchar por alguien a quien en su mayoría nunca conocieron ni del que sabían demasiado, se encuentra entre las preguntas más difíciles a las que se enfrentan los historiadores militares de cualquier período. En el caso de los grandes ejércitos nacionales, como los que se encuentran en los períodos moderno y contemporáneo, parece haber poco rechazo hacia cualquiera que demostrara interés en el servicio militar. Federico el Grande podía discriminar a los bastardos, como

*Este artículo fue publicado originalmente con el título de "Medieval Mercenaries: Methodology, Definitions and Problems", en John FRANCE: *Mercenaries and Paid Men. The Mercenary Identity in the Middle Ages*, Leiden, Brill, 2008, pp. 43-60. Traducido al castellano por Jordi Morera

¹ Los registros militares del reinado de Federico el Grande forman parte del *Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz*, que a pesar de su nombre es bastante accesible. También están disponibles en la Biblioteca Genealógica de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días o sus bibliotecas filiales repartidas por el mundo. Como introducción a la historia militar de Federico, ver Dennis SHOWALTER: *The Wars of Frederick the Great*, Londres, Longman, 1996.

se sugiere anteriormente, pero no rechazaba sus servicios. Napoleón no se podía permitir rechazar a nadie, siendo éste también el caso de los Estados Confederados durante la Guerra Civil Americana, incluso llegando los Confederados a permitir la presencia de negros combatiendo en sus filas. A su vez, todo varón físicamente capaz en Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Austro-Hungría, Serbia, Turquía y Rusia fue reclutado para combatir en la Primera Guerra Mundial, y todo varón físicamente capaz en Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Rusia, Japón y los Estados Unidos fue reclutado para la Segunda Guerra Mundial. Por ese motivo, las fuertes pérdidas en aquellos conflictos se dejaron sentir durante generaciones. Sigo recordando el comentario de mi padre, quien en su visita a Alemania en 1950 dijo no haber visto ni a hombres viejos ni a hombres jóvenes.

Se ha afirmado que los ejércitos antiguos eran más selectivos en sus reclutamientos. La idea de que solo los mejores, más disciplinados y leales soldados se hacían hueco en las fuerzas romanas o espartanas se ha repetido a menudo², mientras que la selectividad de otros ejércitos parece reflejada en la centralidad de los héroes en los escritos de Homero y otros autores³. Por supuesto, cualquiera que rasque la superficie de la historia militar antigua verá en ello meras representaciones míticas, y que si el número de tropas sugeridas por las narrativas históricas se acerca remotamente a la realidad, el reclutamiento tenía que ser mucho más generalizado que selectivo, aunque las razones para aquel servicio generalizado, es decir, los motivos por los que los soldados no heroicos luchaban, no se puede averiguar a través de esas fuentes.

Por supuesto, tales comparaciones con los ejércitos medievales son válidas únicamente para dar contexto histórico. Los historiadores militares medievalistas pueden ciertamente corroborar la peculiaridad de la guerra medieval y de aquellos que combatían en ellas. La mayoría de ellos han empleado sus carreras en explicar esa peculiaridad, y es seguro asumir que tales estudios continuarán. Pero el reclutamiento y la motivación para combatir siguen siendo dos áreas de la guerra medieval que permanecen mayormente inexploradas, o en todo caso insuficientemente exploradas. Naturalmente, la definición de términos es uno de los principales problemas de cualquier era de la historia militar (o de cualquier era de cualquier género de la historia). A pesar del consenso acerca de su peculiaridad, los historiadores militares medievalistas a menudo han decidido trabajar con las definiciones históricas escritas por los historiadores militares de la modernidad. Lo que es más, los historiadores militares medie-

² Este ha sido el argumento de las diversas publicaciones de Victor Davis Hanson en las que exhibe su tesis del “estilo occidental de guerrear”. Ver especialmente *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power*, Nueva York, Doubleday, 2001. Aunque en estas obras Hanson no se centra únicamente en los espartanos y los romanos, ciertamente da empuje a la superioridad de estos y otros soldados “occidentales” sobre sus enemigos. Encuentro que la tesis del “estilo occidental de guerrear” es completamente indefendible, como se puede ver en mi recientemente publicado “Medieval Warfare and the Value of Human Life”, en Niall CHRISTIE y Maya YAZIGI (eds.), *Noble Ideals and Bloody Realities: Warfare in the Middle Ages*, Leiden, Brill, 2006, pp. 27-55 y mi próximo *The World's Battlefield: The Preponderance of Warfare in the Eastern Mediterranean from Troy to the Twentieth-First Century*.

³ La discusión más reciente es la de Barry STRAUSS: *The Trojan War: A New History*, Nueva York, Simon&Schuster, 2006.

valistas han permitido que otros historiadores medievalistas se apropiaran de sus términos, construyendo aún más los marcos de referencia definitorios.

Tomemos por ejemplo la definición común de mercenario medieval. Este término ha sido definido y redefinido muchas veces en el pasado reciente, y estas definiciones—hayan sido escritas por historiadores militares de la edad media o no—han sido aplicadas a la historia militar medieval. ¿Pero alguna de ellas es precisa? ¿Alguna de ellas define lo que era realmente un “verdadero” mercenario medieval? En aras de la discusión, empecemos por la que nos dio Michael Mallett. La obra de Mallett sobre los mercenarios medievales es de incuestionable valor. Su *Mercenaries and their Masters* ha sido para la mayoría de historiadores la introducción a la historia militar de la baja edad media italiana, y a su vez a aquellos mercenarios que determinaron buena parte de esa historia, los *condottieri*⁴. Y dado que su artículo, “Mercenaries”, aparece en *Medieval Warfare: A History* de Maurice Keen, sin duda Mallett continuará introduciendo a muchos más a la materia más cronológicamente generalizada de los mercenarios medievales. En este artículo Mallett escribe: «Es el concepto de la lucha por beneficios económicos, junto a la gradual emergencia de un concepto de ‘extranjería’, lo que distingue al verdadero mercenario... del soldado asalariado corriente»⁵. Esta definición suele ser el estándar entre los historiadores militares medievalistas y se puede encontrar en casi todas las obras generales sobre la historia militar de la edad media: las de Philippe Contamine, David Nicolle, Helen Nicholson, John France, Guy Halsall y Michael Prestwich, por nombrar simplemente a algunas de las más recientes y mejores⁶. Prestwich, por ejemplo, define el término como «aplicado a los profesionales que luchaban a sueldo, y a quienes no importaba demasiado de quién era el dinero que aceptaban. Duros soldados extranjeros, no súbditos de la corona inglesa [Prestwich centra esta obra en la historia militar del medievo inglés] sino a todos los efectos carentes de estado propio»⁷.

Los términos “a sueldo” y “extranjero” constituyen por lo tanto las principales características de la definición tradicional del mercenario medieval. Y, por supuesto, esas características encajan también con el mercenario medieval arquetípico, John Hawkwood, el reputado *condottiere* inglés y líder de *condottieri* en la Italia del siglo XIV (aunque podrían enca-

⁴ Michael MALLETT: *Mercenaries and their Masters: Warfare in Renaissance Italy*, Totowa, Rowman and Littlefield, 1974.

⁵ Michael MALLETT: “Mercenaries”, en Maurice KEEN (ed.), *Medieval Warfare: A History*, Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 209. El artículo está en pp. 209-229. He sido muy crítico con este libro en el pasado ya que la calidad de sus artículos individuales es muy desigual. Sin embargo, el artículo de Mallett es uno de los mejores que contiene.

⁶ Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages*, trad. Michael Jones, Oxford, Oxford University Press, 1984; David NICOLLE: *Medieval Warfare Source Book, vol. 1: Warfare in Western Christendom*, Londres, Arms and Armour, 1995; Helen NICHOLSON: *Medieval Warfare: Theory and Practice of War in Europe, 300-1500*, Houndmills, Palgrave, 2004; John FRANCE: *Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000-1300*, Ithaca, Cornell University Press, 1999; Guy HALSALL: *Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900*, Londres, Routledge, 2003; Michael PRESTWICH: *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, New Haven, Yale University Press, 1996.

⁷ Michael PRESTWICH: op. cit., p. 147. Prestwich dedica todo un capítulo a los “Mercenarios” en su excelente estudio sobre la historia militar inglesa medieval.

jar igual de fácilmente con aquellos que sirvieron en la Legión Extranjera francesa de *Beau Geste*). ¿Pero cómo de bien definen al mercenario medieval más común, aquel que no sobresale como un John Hawkwood? De hecho, sugiero que es precisamente en los términos “a sueldo” y “extranjero” donde la definición de un mercenario medieval no logra satisfacer las necesidades de un historiador militar medievalista, que esta es una definición moderna y que al usarla creamos mayores dificultades para intentar definir los asuntos más amplios y generales del reclutamiento y la motivación para combatir.

Empecemos primero por el segundo de los términos, “extranjero”. Por supuesto, sería absurdo plantear que todo soldado extranjero combatiendo en un ejército medieval fuera definido como “mercenario”, pero ¿y si fueran extranjeros a sueldo? Ningún historiador contemporáneo de la Guerra de los Cien Años describe al francés Robert de Artois, que sirvió con el rey inglés Eduardo III, o al Condestable de Escocia, Sir John Stewart de Darnley, que lideró a un contingente de escoceses en combate contra los franceses en la Batalla de Herrings, como “mercenarios”. Tampoco lo son los arqueros ingleses que sirvieron a Carlos el Temerario en sus guerras contra Lieja y la Liga suizo-germánica de Constanza, ni son denominados como “mercenarios” los artilleros flamencos que lucharon con Eduardo IV. El primero se volvió contra su rey, Felipe VI, y fue visto como un traidor contra él; el segundo se alió, junto a sus compatriotas, con los franceses debido a su animosidad hacia los ingleses; y los terceros y cuartos fueron intercambios como parte de una alianza familiar dinástica: Carlos se había casado con la hermana de Eduardo, Margarita de York. Artois y Darnley quizá no fueran pagados directamente—aunque claramente recibieron bienes y regalos por sus servicios—, pero los ingleses y los flamencos ciertamente lo fueron⁸. Y aun así, ¿y si la paga hubiera sido la única motivación de sus servicios militares? ¿No serían entonces mercenarios?

Un rápido análisis cronológico mostrará la dificultad de usar el término “extranjero” para definir a los mercenarios durante la Edad Media. Pero antes, hay que formular una importante pregunta: ¿es el término “extranjero” en sí mismo una construcción moderna? ¿O eran las gentes del medievo, especialmente los soldados, plenamente conscientes de las distinciones nacionalistas? Son preguntas difíciles de responder, y cualquier respuesta que pudiera darse sería polémica. Algunos historiadores como Karl Leyser y Robert Bartlett cuestionan la existencia del nacionalismo en la conciencia medieval⁹. Sin embargo, otros aseguran haber

⁸ Las mejores narraciones del servicio de Robert de Artois en el ejército inglés se puede encontrar en Henry Stephen LUCAS: *The Low Countries and the Hundred Years' War, 1326-1347*, Ann Arbor, University of Michigan, 1929, y en George T. DILLER: “Robert d'Artois et l'historicité des Chroniques de Froissart”, *Moyen Age*, 86 (1980), pp. 217-31. Sobre Sir John Stewart de Darnley en Herrings ver Kelly DeVRIES: *Joan of Arc: A Military Leader*, Stroud, Sutton, 1999, pp. 66-67. Sobre los arqueros ingleses ver Richard VAUGHAN: *Charles the Bold: The Last Valois Duke of Burgundy*, Londres, Barnes&Noble, 1973, pp. 16-18 y Mark BALLARD: “An Expedition of English Archers to Liège in 1467, and the Anglo-Burgundian Marriage Alliance”, *Nottingham Medieval Studies*, 34 (1990), pp. 152-74. Y sobre los artilleros flamencos ver Anthony GOODMAN: *The Wars of the Roses: Military Activity and English Society, 1452-97*, Londres, Routledge, 1981, p. 172.

⁹ Karl LEYSER: “Concepts of Europe in the Early and High Middle Ages”, *Past and Present*, 137 (1992), pp. 25-47 y Robert BARTLETT: *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-*

hallado la formación de identidades nacionales definidas, por ejemplo entre anglosajones y anglonormandos (Patrick Wormald) y entre franceses e ingleses (Philippe Contamine)¹⁰. Mi propia obra ha sugerido un nacionalismo definido en el sur de los Países Bajos durante la Edad Media, la formación y promoción de una identidad que no era francesa, ni imperial, y ciertamente no burgundia en el período bajomedieval, sino distintiva del sur de los Países Bajos¹¹. Podría ser que estuviéramos demasiado empeñados en esta pregunta, no obstante. Quizá se podría resolver (¿esquivar?) confiando en el lenguaje de nuestras fuentes. Dado que los escritores de las fuentes originales que usamos para determinar la historia de los mercenarios medievales utilizan constantemente términos nacionalistas, ¿podemos creer que los soldados a los que así identificamos lo desconocían, y quizá hasta se identificaban a sí mismos mediante estos nombres, sobre todo si les pudiera resultar económicamente beneficioso?

Empecemos por discernir quienes servían en realidad en los ejércitos del Imperio Romano tardío y de sus oponentes bárbaros¹². Los ciudadanos romanos de los siglos IV y V eran expertos en evitar el servicio militar. Las leyes de reclutamiento militar forzoso excluían a tantas de las clases y ocupaciones de los romanos, que a efectos prácticos ningún ciudadano de Roma necesitaba servir en el ejército. Esto queda demostrado, por ejemplo, en los reclutamientos forzosos de 440 y de 443 –los últimos registrados en el Imperio occidental–, el éxito

1350, Princeton, Princeton University Press, 1993, aunque Bartlett ciertamente ve una diferencia que solo puede ser descrita como “nacional” entre las sociedades que viven a ambos de la frontera.

¹⁰ Patrick WORMALD: “*Engla Lond: The Making of an Allegiance*”, *Journal of Historical Sociology*, 7 (1994), pp. 1-24 y Philippe CONTAMINE: “France et Angleterre de Guillaume le Conquérant à Jeanne d’Arc: La formation de Etats nationaux”, en ÍD.: *Des pouvoirs en France, 1300-1500*, París, Presses de l’École Normale Supérieure, 1992, pp. 27-36.

¹¹ Baso esto en la existencia de una lengua vernácula distintiva del sur de los Países Bajos, con dialectos tanto del Neerlandés Medio como del Francés Medio; un reconocimiento en aumento de los Países Bajos del sur como una región diferenciada por los comentaristas contemporáneos ingleses, italianos, alemanes y especialmente franceses y borgoñones que escribían su historia, en particular las rebeliones de los siglos XIV y XV; y los simbólicos medios de humillación como parte de los castigos infligidos a los rebeldes, específicamente los flamencos y los liejenses, lo que después de que sus rebeliones fueran sofocadas podría interpretarse como un medio de destruir y someter cualquier atisbo de nacionalismo que hubiera podido provocar las rebeliones. (Junto a estas humillaciones rituales se dieron exhibiciones reales, condales, príncipesco-episcopales o ducales, también destinadas a reducir cualquier sentimiento de nacionalismo en el sur de los Países Bajos.) Estas conclusiones se presentaron como parte de un trabajo titulado “Las Rebeliones de los Pueblos de los Países Bajos del Sur durante los Siglos XIV y XV” en la Universidad de Columbia el 11 de junio de 2001. Sin embargo, los editores de la publicación en la que estos trabajos debían aparecer (*Power and the City in the Netherlandic World, 1000-2000*, Leiden, Brill, 2005, pp. 27-44), W. TeBrake y W. Kibler, decidieron eliminarlos.

¹² Reconozco que en un trabajo en el que crítico las definiciones de otros términos, estoy usando términos que los historiadores del período consideran igualmente difíciles de definir. Sin embargo, al usar los términos “romano tardío” y “bárbaro”, al igual que las designaciones tribales de dichos bárbaros, estoy siguiendo los ejemplos recientes de Peter HEATHER: *The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians*. Oxford, Oxford University Press, 2005 y Bryan WARD-PERKINS: *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 2005, quienes por fortuna han devuelto las causas militares a la caída de Roma.

de los cuales solo se puede atestiguar a los niveles más locales y en los que se produjeron únicamente milicias urbanas locales, que servían tan solo a propósitos defensivos¹³.

Pero sí se levantaban ejércitos, así que ¿de dónde salían? Un vistazo a la carrera del fascinante general romano Aecio ayudará a responder a esta pregunta. De niño, Aecio fue enviado a vivir primero con Alarico el Godo, con el que se quedó tres años (c. 405-408) y luego como rehén de los hunos (posiblemente en el 410). Así llegó a conocer bien a ambos grupos, hablando sus idiomas sin ningún género de dudas, y a juzgar por su personalidad posterior, hizo “networking” con ellos, por usar un término moderno. Después de hacerse con el liderazgo militar en el Imperio Romano, aquellas experiencias, y las conexiones que estableció con ellas, demostraron ser extremadamente valiosas para él. En la necesidad de procurar victorias militares para mantener su posición de poder, y teniendo que protegerse simultáneamente de sus rivales políticos y militares, Aecio buscó la ayuda tanto de godos como de hunos. Sabemos que a una fecha tan temprana como 425, cuando junto a su mentor y patrón político Juan fue derrotado intentando usurpar el trono Imperial, Aecio contó con hunos entre sus fuerzas, evidentemente en un número tan grande que aquello forzó al Emperador Valentiniano III a concederle el mando militar de la Galia a pesar de su obvia traición. (Probablemente también tenía a godos luchando con él, pero los registros no lo corroboran.) En 432, después de enfrentarse sin éxito a un general rival, Bonifacio –que murió en combate–, y a pesar de estar herido, Aecio viajó a través de la Panonia nuevamente en busca de la ayuda de los hunos, la cual una vez concedida, y de nuevo en grandes números, le devolvió al poder. Desde entonces, y al menos hasta el 451, siempre pareció contar con hunos en sus ejércitos: en la destrucción de los bagaudas armoricanos en 435-436; en el sometimiento y reubicación de los burgundios en el 437; y en el sofocamiento de la revuelta visigoda del 436 al 443.

Solo en el 451 no se especifica que Aecio empleara hunos como soldados, pero esto puede deberse a que aquel año se enfrentó a una gran fuerza de hunos liderados por Atila en la Batalla de los Campos Cataláunicos (también conocida como la Batalla de las Llanuras Cataláunicas o la Batalla de Chalons). Podría haber tenido perfectamente a hunos sirviéndole en aquel conflicto –Atila probablemente tenía enemigos entre ellos–, pero las fuentes, sobre todo Prisco, informan únicamente de que Aecio fue ayudado por alanos y visigodos. Los alanos se habían aliado con Aecio, cuya ayuda habían solicitado cuando se vieron amenazados por la invasión de la Galia por parte de Atila, y los visigodos –a quienes tan solo unos años antes había derrotado Aecio– fueron atraídos a su lado mediante la diplomacia, las promesas personales, la traición y la amenaza de los hunos. Lo que es más, Prisco añade que Aecio no confiaba ni en los visigodos ni en los alanos, y además tenía a los alanos por débiles y cobardes, tanto que se vio obligado a situarles en el centro de su formación de batalla, entre los romanos y los visigodos.

¹³ Ver Peter HEATHER: “The Huns and the End of the Roman Empire in Western Europe”, *English Historical Review*, 110 (1995), pp. 25-26.

Aecio ganó la Batalla de los Campos Cataláunicos y dos años más tarde Atila murió – tras una noche de ebriedad y libertinaje según hace constar el cronista cristiano Jordanes, quien considera que aquella fue una muerte justificadamente atroz para el “Azote de Dios”. Desafortunadamente para Aecio, ninguna de sus victorias pudo aplacar el resentimiento de Valentiniano III, y el 21/22 de septiembre del 454, un año después de la muerte de Atila, fue asesinado, muerto por la mano del propio Valentiniano según informan las fuentes. En venganza, el siguiente marzo dos de los guardaespaldas de Aecio mataron a Valentiniano. Aunque no se dice que fueran hunos, a juzgar por la antigua relación de Aecio con estos, y sus nombres, Optila y Traustila, podrían haberlo sido perfectamente. Un contemporáneo, Renato Frigerido, le escribió el siguiente epitafio:

«Aecio era de estatura media, viril en sus hábitos y bien proporcionado. No sufría de ninguna dolencia corporal y era de físico enjuto. Su inteligencia era afilada; estaba lleno de energía, un jinete soberbio, un buen tirador con el arco e incansable con la lanza. Era extremadamente capaz como soldado y habilidoso en las artes de la paz. No había avaricia en él y aún menos codicia. Era magnánimo en su conducta y nunca se desviaba de su buen juicio por el consejo de asesores indignos. Soportaba la adversidad con gran paciencia, y estaba siempre preparado para cualquier empresa exigente; despreciaba el peligro y era capaz de resistir el hambre, la sed y la falta de sueño»¹⁴.

No cabe duda alguna de que Aecio no podría haber logrado ninguno de sus hechos políticos o militares –ni su propia muerte legendaria, supongo– sin la ayuda de los hunos. ¿Pero por qué luchaban por él? Sabemos que los hunos combatieron en ejércitos no húngaros desde su primera aparición dentro de las fronteras del Imperio Romano. En el 377 algunos combatieron con los godos al sur del río Danubio. El emperador romano Graciano tuvo a algunos sirviendo en su ejército contra los godos c. 380. Y, más o menos sobre la misma época, los hunos lucharon junto a los poco conocidos carpi dacianos.¹⁵ La lista podría seguir a lo largo del siglo V, incluyendo los servicios prestados como parte de las fuerzas de Aecio. Aunque las razones por las que los hunos luchaban en la mayoría de estos ejércitos no se pueden determinar por las fuentes, en el caso de la campaña del 377 el cronista romano Amiano Marcelino indica que habían luchado con los godos ese mismo año por una paga y, más tarde ese mismo año, por las promesas de botín¹⁶. Es probable que hubiera motivos similares para to-

¹⁴ Un análisis completo de la vida de Aecio se puede encontrar en la reciente biografía de T. STICKLER: *Aetius: Gestaltungsspielraume eines Heermeisters in ausgehenden Weströmisches Reich*, Munich, C.H. Beck, 2002. Ver también Peter HEATHER: *The Fall of the Roman Empire...*, pp. 282–375, especialmente bueno en su descripción de la relación de Aecio con los hunos. La Batalla de los Campos Cataláunicos queda descrita por mí en *Battles of the Ancient World: From Kadesh to Catalaunian Fields*, Londres, Amber, 2007. Jordanes deja constancia de la muerte de Atila en *Getica*, 49, pp. 256-258 (JORDANES, *Romana et Getica*, ed. T. Mommsen, MGH, AA 5.1, Hannover, 1882) Y la descripción de Renato Frigerido se encuentra en Gregorio DE TOURS: *The History of the Franks*, trad. Lewis Thorpe, Harmondsworth, Penguin, 1974, 2.8

¹⁵ Heather ‘The Huns and the End of the Roman Empire,’ p. 10.

¹⁶ Amiano MARCELINO: *Rerum gestarum libri*, ed. y trad. J.C. Rolfe, 3 vols., Cambridge, Harvard University Press, 1972, 3.31.8.4. Ver también Peter HEATHER: “The Huns and the End of the Roman Empire”, p. 10 e íd.: *The Fall of the Roman Empire...*, p. 175.

dos sus servicios: los hunos combatieron junto a ejércitos no húngaros por su beneficio económico. Los hunos que sirvieron a Aecio eran probablemente lo que los historiadores modernos llamarían mercenarios.

Pero esto nos lleva a más preguntas. ¿Es cierto que todos los hunos que sirvieron en ejércitos no húngaros durante el período tardío del Imperio Romano eran étnicamente hunos? ¿O es posible que la palabra se convirtiera en el término genérico para los mercenarios, al no haber otro término que los escritores de la época emplearan para indicar este tipo de servicio militar? Darse a conocer como huno naturalmente haría subir el precio de tal mercenario, así que ¿por qué iban los mercenarios no-húngaros a molestarse por tal designación, o incluso a sugerir que no eran hunos? Por supuesto, no hay forma de responder a estas preguntas dadas las fuentes originales. Pero esto introduce un patrón que se repetirá a lo largo de la Edad Media: la identificación de grupos de mercenarios bajo un genérico nombre “extranjero”, grupos cuyos miembros no pudieron pertenecer todos a una misma etnia extranjera.

El siguiente ejemplo es el de los sajones. Apareciendo como “mercenarios” en los siglos VII a IX, se menciona a los sajones sirviendo en diversos ejércitos, incluido el que cayó ante Wamba en Septimania en el 673, otro más tarde con Carlos el Calvo –quien los usó en las líneas frontales de su ejército durante la campaña bretona– y un tercero con Luis el Joven en Andernach, una generación más tarde.¹⁷ Luis controlaba Sajonia, así que esto podría considerarse una especie de servicio militar obligatorio, pero Carlos no lo hacía. También existen otras referencias.¹⁸ De nuevo debemos preguntarnos si todos aquellos nombrados como “sajones” eran de hecho sajones, o si se trata de otro ejemplo de mercenarios conocidos por una designación extranjera tanto por la fama de los sajones como guerreros implacables como porque había algunos que ciertamente eran mercenarios. De hecho, ese podría ser el caso del famoso mercenario Childerico, que luchó por y contra varios reyes Merovingios. Está identificado como “sajón”, pero tiene un nombre que suena muy franco. Esto ha llevado a Guy Halsall a sugerir que el epíteto *saxo* se refería a su “estatus de mercenario”¹⁹, pero ¿por qué no podía haberse referido también a su estatus de mercenario “extranjero”?

Quizá la más famosa de las unidades mercenarias anteriores a la Baja Edad Media fue la Guardia Varega del ejército bizantino. Para casi todo el mundo la Guardia Varega estaba compuesta por antiguos vikingos escandinavos en el exilio, y ciertamente encaja en esta descripción el más famoso de ellos, al menos según la tradición posterior de las sagas escandinavas –la historia de su vida se relata en no menos de seis sagas–, el rey Harald Hardrada (en nórdico antiguo Haraldr Sigurðarson o Haraldr Harðráði), muerto en la Batalla de Stamford

¹⁷ Guy HALSALL: *Warfare and Society...*, p. 111, 114 y 189.

¹⁸ Probablemente la contratación de mercenarios sajones más famosa es la de Vortigern en la primera mitad del siglo V, cuando les contrató para defender su tierra de los irlandeses y los pictos. La traición de los sajones al quedarse en Inglaterra está relatada con mucha hipérbole en el *De exidio Britanniae* de Gildas (en *Six Old English Chronicles*, trad. J.A. Giles, Londres, Bell, 1891, no. 23), pero también ha sido repetida a menudo por historiadores modernos.

¹⁹ Guy HALSALL: *Warfare and Society...*, p. 111.

Bridge durante su invasión de Inglaterra en el 1066²⁰. Se dice que tras ser herido en la Batalla de Stiklarstaðir²¹ en un vano intento de devolver a su hermano Olaf (posteriormente San Olaf) al trono noruego, Harald se abrió paso primero hasta la Rus de Kiev y luego hasta Constantinopla donde, en 1034, se unió a la Guardia Varega y rápidamente se hizo con el mando –aunque según el *Fagrskinna* y el *Heimskringla*, Harald llegó a la cabeza de un grupo de hombres y estos podrían ser cuantos llegara jamás a liderar. Permaneció en la Guardia Varega durante ocho años, luchando por Bizancio en Anatolia, Tierra Santa, Bulgaria y Sicilia antes de verse obligado a dejar tanto la Guardia como el Imperio. Si hemos de dar crédito a las sagas, su salida fue en realidad una espectacular huida que incluía el secuestro de una princesa bizantina, Maria, sobrina de la Emperatriz Zoé, después de haber irritado sobremedera a la Emperatriz –lo que, de hecho, no era demasiado difícil–.

Harald era un vikingo escandinavo que sirvió en la Guardia Varega, al menos durante unos años, y hay otros vikingos que aparecen en la literatura de las sagas como miembros de la Guardia Varega, Hoskuld en la *Saga de Njal* (o la *Saga de la Quema de Njal*), por ejemplo²². Esto parece confirmar la identidad escandinava de la misma. Pero el propio grupo de soldados de la Guardia de Harald no estaba formado únicamente por escandinavos, sino también por rusos, eslavos, y quizá hasta algunos búlgaros. La Guardia Varega también vio crecer sus números con la inclusión de varios anglosajones tras su derrota en la Batalla de Hastings en 1066²³. Esta diversidad étnica es respaldada igualmente por Hilda Ellis Davidson y Sigfús Blöndel en sus impresionantes estudios sobre la Guardia Varega²⁴.

Pero los soldados del sur de los Países Bajos están más conectados que ningún otro grupo “extranjero” al servicio mercenario en la Alta Edad Media. Los mercenarios que lucharon en Inglaterra desde la Conquista hasta el reinado de Eduardo III a menudo son llamados

²⁰ Para un recuento más completo de la biografía de Harald Hardrada ver Kelly DeVRIES: *The Norwegian Invasion of England in 1066*, Woodbridge, Boydell Press, 1999. Las sagas son: TEODORICO: *Monumenta historica Norvegiæ: Latinske kildeskrifter til Norges historie i middelalderen*, ed. G. Storm, Christiania [Oslo], Trykt hos A.W. Brøgger, 1880; *Ágrip af Nóregs konunga sögum*, ed. F. Jónsson, Halle, M. Niemeyer, 1929; *Fagrskinna: Kortfattet Norsk Konge-Saga*, ed. P.A. Munch y C.R. Unger, Christiania [Oslo], P.T. Malling, 1847; *Morkinskinna: Pergamentsbog fra første halvdel af det trettende aarhundrede*, ed. C.R. Unger, Christiania [Oslo], Det. For. B.M. Bentzen's bogtrykkeri, 1867; Snorri STURLUSON: *Heimskringla*, ed. B. Aðalbjarnarson, 3 vols., Reykjavik, Hid Íslenzka fornritafélag, 1941–5; y *Flateyjarbók: En samling af Norske Konge-Sagaer*, ed. G. Vigfusson y C.R. Unger, 3 vols., Christiania [Oslo], P.T. Malling, 1860–68. La saga de Teodorico está escrita en latín, el resto en nórdico antiguo. Durante muchos años solo Snorri Sturluson fue traducido, lo que disminuyó la importancia de la vida de Harald para un público no lector del nórdico antiguo. Sin embargo, en años recientes el resto de sagas excepto la *Flateyjarbók* han aparecido en traducción al inglés.

²¹ El nombre de esta batalla se ha escrito de muchas maneras, i.e. Stikkelstad, Stiklestad, Stiklestadir, etc. Yo empleo la versión en nórdico antiguo.

²² *Njal's Saga*, trad. Magnus Magnusson y Hermann Pálsson, Harmondsworth, Penguin, 1960.

²³ John GODFREY: “The Defeated Anglo-Saxons Take Service with the Eastern Emperor”, *Proceedings of the Battle Conference on Anglo-Norman Studies*, 1 (1978), pp. 63–74.

²⁴ Hilda R. ELLIS DAVIDSON: *The Viking Road to Byzantium*, London, G. Allen & Unwin, 1976, y Sigfús BLÖNDEL: *The Varangians of Byzantium*, trad. B.S. Benedikz, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

flamencos, mientras que en el continente europeo las unidades similares son conocidas como Brabanzones (o Brabanters). Se dice que había flamencos sirviendo a Guillermo el Conquistador en Hastings y más tarde, con Guillermo Rufo, con Esteban en su guerra civil y en la Batalla del Estandarte, con Enrique II –de quien se informa que contrató a 6000 mercenarios, en su mayoría flamencos–, con Juan –que empleó un número muy grande de flamencos, sobre todo porque muy pocos de sus compatriotas deseaban luchar por él–, y finalmente, al menos en la persona de John Crabbe, con Eduardo III²⁵.

Crabbe fue un verdadero flamenco, al menos según Henry Stephen Lucas, y a otros se les puede designar de la misma manera por sus apellidos toponímicos –Walter de Gante (van Gent) o William de Ypres (Willem van Ieper)–; pero éstos eran líderes, de ahí la razón por la que son identificables, y se desconoce si todos a los que lideraron también eran flamencos. Otros no lo eran en absoluto, como por ejemplo el Duque de Limburg, al que se refieren tanto las fuentes contemporáneas como las modernas como el líder de los flamencos bajo el rey Juan de 1212 a 1213, y que aun así no procedía de Flandes.

Quizá el mejor ejemplo de soldados llamados flamencos pero que claramente no lo eran lo encontramos entre las fuerzas reunidas por Guillermo el Conquistador para su ataque a Inglaterra en 1066. Robert H. George, con su artículo de 1926 “La Contribución de Flandes a la Conquista de Inglaterra, 1065-1086”, ha convencido a todo el mundo de que las tropas de los Países Bajos que combatieron en Hastings eran flamencas. Y estos también deben considerarse mercenarios en todos los sentidos de la palabra, ya que no se encontraban allí por ninguna obligación al líder ducal normando de la conquista. Pero las pruebas que George presenta en su artículo claramente demuestran que prácticamente todas y cada una de estas tropas provenía de Bolonia²⁶. Sin embargo, en 1066 el Conde Eustaquio de Bolonia no era amigo del Conde Balduino V de Flandes²⁷. De hecho, la participación boloñesa en la invasión podría ser la razón por la que Balduino no acompañó ni envió demasiadas tropas a su yerno, Guillermo, en su conquista de Inglaterra. Identificados entonces y ahora como flamencos, aquellos soldados en realidad no lo eran; y, como ellos eran los “flamencos” que continuaron viviendo en Inglaterra después de la conquista, es probable que fueran los no-flamencos identificados como tales durante los reinados de Guillermo Rufo y Enrique I.

Aparecen mencionados en las fuentes originales otros grupos de soldados extranjeros sirviendo en los ejércitos ingleses, incluyendo a un grupo de bretones durante el reinado de Enrique I, a un español, Martín Algais, que luchó por Juan, y Otto de Grandson, un saboyano, y Pascual de Valencia, también conocido como Adalid, otro español, que sirvió a Enrique

²⁵ Sobre los reyes desde Guillermo el Conquistador hasta Juan ver Michael PRESTWICH: op. cit., pp. 147–50 and Stephen D.B. BROWN: “Military Service and Monetary Reward in the Eleventh and Twelfth Centuries”, *History*, 74 (1989), pp. 20–38. Sobre John Crabbe ver Henry Stephen LUCAS: “John Crabbe: Flemish Pirate, Merchant, and Adventurer”, *Speculum*, 20 (1945), pp. 334–50.

²⁶ Robert H. GEORGE: “The Contribution of Flanders to the Conquest of England, 1065–1086”, *Revue Belge de philologie et d’histoire*, 5 (1926), pp. 81–99.

²⁷ Ver Heather J. TANNER: *Families, Friends and Allies: Boulogne and Politics in Northern France and England, c. 879–1160*, Leiden, Brill, 2004.

II, pero las referencias a tales distinciones nacionales son extremadamente escasas cuando se comparan con la mención de los flamencos en las fuentes inglesas²⁸. Curiosamente, solo hay unas pocas referencias a la presencia de brabanzones en las fuerzas inglesas, aunque se reconoce a algunos combatiendo en el ejército de Enrique II en el continente²⁹. Pero en el continente, son los brabanzones quienes más a menudo son los mercenarios, siendo los flamencos mencionados en mucha menor medida. También se menciona a los triaverdinos, catalanes, navarros, y otros ibéricos, pero de nuevo mucho menos que a los brabanzones³⁰.

Los brabanzones son reconocidos como magníficas tropas de infantería durante los siglos XII y XIII, especialmente a favor y en contra del Emperador del Sacro Imperio Romano Federico Barbarroja, a favor y en contra del rey Felipe Augusto de Francia, y —como se menciona anteriormente— a favor del rey Enrique II de Inglaterra. Pero no todos ellos venían de Brabante. Parte de la confusión proviene del artículo, fuertemente influenciado por los nazis, de H. Grundmann, “Rotten und Brabanzonen: Söldner-Heere im 12. Jahrhundert”, publicado en el *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters* de 1941-42³¹. Aun así, aquel era de nuevo simplemente un nombre dado a los mercenarios, algunos de los cuales pero ciertamente no todos provenían de Brabante. Esto debería haber sido clarificado por A. Mens en 1946, pero desafortunadamente publicó su artículo, “De ‘Brabanzones’ of bloeddorstige en plunderzieke avonturiers (XII^e–XIII^e eeuw)”, únicamente en neerlandés y tan solo en un *festschrift*³² a Albert De Meyer³³. A juzgar por lo que ha sido citado, ¡nadie parece haber leído el artículo de Mens! Por cierto, el uso de mercenarios de los Países Bajos no termina en el siglo XII, con henaenses, namurenses o juliqueses combatiendo al lado de flamencos y brabanzones a favor de los ingleses, contra los escoceses, a principios del siglo XIV³⁴.

El problema con la identidad extranjera de los mercenarios persiste a lo largo de los dos últimos siglos de la Edad Media, cuando la mayoría de los historiadores creen que el uso de los mercenarios aumentó enormemente.³⁵ Tomemos la Compañía Catalana, por ejemplo.

²⁸ Michael PRESTWICH: op. cit., pp. 150–51, 154.

²⁹ Ver John Hosler en este volumen (N. del T.: *Revisiting Mercenaries under Henry Fitz Empress, 1167–1188*)

³⁰ Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages...*, pp. 100–01.

³¹ H. GRUNDMANN: “Rotten und Brabanzonen: Söldner-Heere im 12. Jahrhundert”, *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters*, 5 (1941–42), pp. 419–92.

³² Término que denota a una obra escrita en homenaje a una persona admirada y respetada, generalmente del mundo académico, y que se publica en vida de dicha persona (N. del T.)

³³ A. MENS: “De ‘Brabanzones’ of bloeddorstige en plunderzieke avonturiers (XII^e–XIII^e eeuw)”, en *Miscellanea historia in honorem Alberti De Meyer*, 2 vols, Leuven, Bibliothèque de l’Université, 1946, vol. 1, pp. 558–70.

³⁴ Michael PRESTWICH: op. cit., pp. 154–55.

³⁵ Sobre la incidencia de mercenarios en la Edad Media tardía, ver Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages...*, pp. 99–101 y 150–65; Michael MALLETT: *Mercenaries and their Masters...*, especialmente pp. 25–106; Malcolm VALE: *War and Chivalry: Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*, Athens, University of Georgia Press, 1981, pp. 151–57; Christopher ALLMAND: *The Hundred Years War: England and France at War, c. 1300–c. 1450*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 73–76; Kenneth FOWLER: *Medieval Mercenaries, vol. 1: The Great Companies*, Oxford, Blackwell, 2001; Geoffrey TREASE: *The Condottieri: Soldiers of For-*

Esta Compañía de mercenarios fue organizada en 1302 por Roger de Flor, un antiguo Caballero Templario de Brindisi –y por tanto, él mismo no era catalán–. Sin embargo, se cree que originalmente puede haber incluido a un gran número de soldados ibéricos –aunque no todos de Cataluña– que habían luchado juntos por el Emperador del Sacro Imperio, Federico II, contra los angevinos napolitanos durante la Guerra de las Vísperas Sicilianas a finales del siglo XIII. La Compañía Catalana no era pequeña, probablemente ascendiendo al menos hasta los 6500 miembros, 4000 de los cuales eran tropas de infantería de excepcional talento y capacidad, y cuyo nombre, *almogávares*, aterraba incluso a los más recios guerreros de la época³⁶. Su primer patrón fue el Emperador Bizantino, Andrónico II Paleólogo, que buscaba soldados experimentados y podía pagarles muy bien. La Compañía Catalana aprovechó la oportunidad de viajar desde el Mediterráneo occidental al oriental³⁷. Allí dieron con un éxito casi inmediato, primero en agosto de 1303 cuando saquearon la isla de Ceos, en la costa de Anatolia, y después al expulsar a los turcos Otomanos del exterior de la capital bizantina en el transcurso de varios meses. Inicialmente aquello les ganó tal favor del pueblo bizantino que Roger de Flor llegó a entrar por matrimonio en la familia del Emperador, tan solo para descubrir que aquello le había situado en mitad de sus incesantes disputas y envidias; fue asesinado por ellos en abril del 1305³⁸.

Sin líder y sin querer tener más relación con el Emperador bizantino, pero aún temida y respetada por todos en el este, la Compañía Catalana se retiró de Constantinopla, viajando primero hasta los Dardanelos donde establecieron un estado de corta vida³⁹, desde allí a Tracia y Macedonia, las cuales conquistaron, y luego, en la primavera de 1309, a Tessalia, desde donde amenazaban a Atenas, Tebas, y la baja península griega⁴⁰. Sin embargo, Walter (Gautier) I de Brienne, el Duque franco de Atenas, en lugar de combatirla, contrató a la Compañía

tune, New York, Rinehart and Winston, 1971; y dos libros de William CAFERRO: *Mercenary Companies and the Decline of Siena*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1998, e Íd.: *John Hawkwood: An English Mercenary in Fourteenth-Century Italy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006.

³⁶ Sobre los números de la Compañía Catalana ver Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination of Athens, 1311–1388*, Cambridge, Mediaeval Academy of America, 1948, p. 3; Jep PASCOT: *Les almogávares: Mercenaires catalans du moyen âge (1302–1388)*, Brussels, Elzévir-Séquoia, 1971, p. 44; y Robert I BURNS: “The Catalan Company and the European Powers, 1305–1311”, *Speculum*, 29 (1954), p. 752.

³⁷ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, p. 2; Robert I BURNS: “The Catalan Company...”, p. 752; y David JACOBY: “La ‘compagnie catalane’ et l’état catalan de Grèce. Quelques aspects de leur histoire”, *Journal des savants*, 1966, p. 79.

³⁸ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, pp. 3-4; Jep PASCOT: *Les almogávares...*, pp. 47–85; Robert I BURNS: “The Catalan Company...”, p. 752; y David JACOBY: “La ‘compagnie catalane’...”, pp. 80–81.

³⁹ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, p. 4; Jep PASCOT: *Les almogávares...*, pp. 87–123; y David JACOBY: “La ‘compagnie catalane’...”, pp. 81–86. En los Dardanelos, en Galípoli, la Compañía Catalana se vio forzada a defenderse no solo de los bizantinos, sino también de los genoveses y los caucásianos.

⁴⁰ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, pp. 4-5 y Jep PASCOT: *Les almogávares...*, pp. 125–40. Pascot afirma que la Compañía Catalana dejó Galípoli por conflictos internos. Setton cree que fue porque los catalanes habían devastado la península de los Dardanelos y eran incapaces de seguir beneficiándose de sus incursiones, o incluso de alimentarse.

Catalana para que luchara por él. Esta respondió bien y antes de finalizar 1310 ya habían capturado más de treinta aldeas, pueblos y fortalezas enemigas en Tessalia, Épiro y el sur de la península⁴¹. Pero por aquel entonces Walter ya se había retrasado cuatro meses en el pago de los salarios, y en lugar de pagarlos, eligió a 500 miembros de la Compañía Catalana—200 de caballería y 300 *almogávares*—, les pagó su sueldo, les concedió tierras y títulos, y les pidió que mantuvieran a sus camaradas fuera de los territorios atenienses. No obstante, el plan se volvió en su contra cuando el resto de la Compañía Catalana se negó a ser tan fácilmente expulsada, y ocuparon fortificaciones en el sur de Tessalia, donde pronto se les unirían sus 500 colegas que habían aceptado alegremente el soborno de Walter de Brienne para luego simplemente romper sus promesas —*¡quel surpris!*— y reintegrarse en la Compañía⁴². El 15 de marzo de 1311, la Compañía Catalana se enfrentó y derrotó al Duque de Atenas y sus caballeros francos en la Batalla de Kephissos. Las pérdidas atenienses fueron numerosas, contándose Walter de Brienne entre los muertos. Las tierras de Grecia pertenecían ahora a la Compañía Catalana, en las que permanecería hasta 1388⁴³.

Incluso antes de la Batalla de Kephissos, probablemente ya en su desplazamiento hasta los Dardanelos, el número de mercenarios españoles en la Compañía Catalana había quedado eclipsado por los reclutamientos de griegos, bizantinos e incluso otomanos. La aragonesa *Crónica de Morea* indica que en el momento de aquella batalla, la Compañía contaba con 6000 miembros, 2000 de caballería y 4000 de infantería, el mismo número que en el recuento inicial de reclutamiento dado por el cronista Ramón Muntaner, él mismo un miembro de la Compañía Catalana⁴⁴. Por supuesto, esto puede sonar un tanto sospechoso, salvo que el cronista griego contemporáneo, Nikephoros Gregoras, registra que más de 1100 turcos fueron añadidos a la Compañía antes de su invasión a Tessalia⁴⁵. Y sin embargo, continuaron siendo conocidos como la Compañía “Catalana” tanto por escritores modernos como contemporáneos.

Ni siquiera los *condottieri* italianos del siglo XIV fueron todos extranjeros. John Hawkwood era ciertamente inglés, igual que muchas de sus tropas⁴⁶, y hubo también mercenarios y capitanes de mercenarios de origen francés, alemán y húngaro, especialmente a principios del siglo XIV⁴⁷. Pero su número se fue reduciendo más y más al avanzar el siglo, hasta

⁴¹ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, pp. 7-8 y Jep PASCOT: *Les almogávares...*, pp. 140-49.

⁴² Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, pp. 8-9.

⁴³ Kenneth M. SETTON: *Catalan Domination...*, pp. 9-13 y Jep PASCOT: *Les almogávares...*, pp. 149-54; y David JACOBY: “La ‘compagnie catalane’...”, p. 87. Sobre la Batalla de Kephissos ver Kelly DeVRIES: *Infantry Warfare in the Early Fourteenth Century: Discipline, Tactics, and Technology*, Woodbridge, Boydell Press, 1996, pp. 58-65.

⁴⁴ *Libro de los fechos et conquistas del principado de la Morea compilado por comandamiento de Don Johan Ferrandez de Heredia*, ed. A. Morel-Fatio, Ginebra, Imprimerie Jules-Guillaume Fick, 1885, p. 120 y Ramón MUNTANER: *Crónica*, trad. H.M. Goodenough, 2 vols., Londres, Hakluyt Society, 1920-21, vol. 2, pp. 485-86.

⁴⁵ Nikephoros GREGORAS: *Byzantina historia*, en PG 148, pp. 414-15.

⁴⁶ Una nueva biografía brillante es la de William CAFERRO: *John Hawkwood*.

⁴⁷ Ver Michael MALLETT: *Mercenaries and their Masters*.

que Albergio da Barbiano, un capitán mercenario italiano, derrotó al último capitán mercenario extranjero, Sylvestre Budes, en la Batalla de Marino en 1380⁴⁸. La Italia del siglo XV ya vio únicamente a líderes *condottieri* italianos, y aunque ciertamente contrataban a cualquier mercenario que creyeran que servía para el oficio, también estos en su mayor parte fueron italianos.

Finalmente, en la Guerra de los Cien Años, los líderes ingleses de las Compañías Libres, como se conocía a los grupos mercenarios –por ejemplo Robert Knolles–, líderes franceses –por ejemplo Perrinet Gressart– y líderes borgoñones –por ejemplo Jacques de Lalaing–, son todos identificados por su propia nacionalidad, igual que lo eran los soldados. ¿Significa esto que todos los soldados pertenecían a esa misma nacionalidad? Probablemente no, pero para las Compañías Libres durante aquella larga guerra, “extranjero” nunca fue un requisito⁴⁹.

¿Pero hubo en la Guerra de los Cien Años algún soldado que no fuera mercenario? Prácticamente a todos se les pagaba por sus servicios militares. Lo que me lleva a los problemas definitorios del segundo término engañoso usado habitualmente para definir al mercenario medieval: “a sueldo”.

El uso de “feudalismo” como término que establece un patrón de jerarquía socio-económica durante la Edad Media ha sufrido recientes varapalos. Muchos han cuestionado su utilidad y precisión, sin embargo en su mayor parte la crítica ha sido dirigida hacia la definición de la relación señor-campesino y no hacia cualquier obligación militar entre señores y señores menores, aunque no hay duda de que este fue un componente importante, si no el principal de los paradigmas del feudalismo temprano⁵⁰. Tampoco el cambio de nombre propuesto por Philippe Contamine a “sistema feudo-vasallático” ha ayudado en este sentido, a pesar de su esfuerzo más centrado en dirigirse a los problemas de la obligación militar y el reclutamiento⁵¹.

⁴⁸ Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Age...*, pp. 159-60.

⁴⁹ Ver Kenneth FOWLER: *Medieval Mercenaries...* y Christopher ALLMAND: *The Hundred Years War*.

⁵⁰ Prácticamente todo el mundo olvida que las modernas críticas al feudalismo empezaron con el artículo de E.A.R. BROWN: “The Tyranny of a Construct: Feudalism and Historians of Medieval Europe”, *American Historical Review*, 79 (1974), pp. 1063-88, atribuyéndolo en la actualidad únicamente a Susan Reynolds y su *Fiefs and Vassals: The Medieval Evidence Reinterpreted*, Oxford, Oxford University Press, 1994. Ninguno de los dos aborda la obligación militar específicamente en sus obras, a pesar del hecho que estudios anteriores sobre el feudalismo hablaban directamente del tema de la obligación militar y el reclutamiento. Ver, por ejemplo, Carl STEPHENSON: *Mediaeval Feudalism*, Ithaca, Cornell University Press, 1942; Marc BLOCH: *Feudal Society*, 2 vols., Chicago, University of Chicago Press, 1961; F.L. GANSHOF: *Feudalism*, New York, Harperc, 1964; y Georges DUBY: *The Three Orders: Feudal Society Imagined*, Chicago, University of Chicago Press, 1980. Sin embargo, a pesar de su antigüedad y un cierto revisionismo que se ha dado desde su aparición, la mayoría de historiadores militares del medievo que estudien el tema deberían seguir empezando por Heinrich BRUNNER: “Der Ritterdienst und die Anfänge des Lehenwesens”, *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Germanistische Abteilung*, 8 (1887), pp. 1–38.

⁵¹ Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages...*, p. 7. Especialmente dado que lo que sigue a su introducción del término describe formas medievales de pago que los líderes usaban para reclutar a sus soldados.

Aun así, para los líderes militares medievales sin duda existía una “obligación”, pero para la mayor parte de las tropas comunes de la Edad Media, ejercer de soldado era una ocupación, no una obligación. Por supuesto, es difícil hallar pruebas escritas que demuestren esto, dado que la mayoría de soldados comunes medievales eran incapaces o se mostraban poco inclinados a escribir acerca de sus experiencias militares, aunque hay uno o dos ejemplos, como la *Branche des royaux lignages* de Guillaume Guiart, escrita cuando el autor se convirtió en clérigo en su vida posterior pero que rememora sus experiencias combatiendo en el ejército francés contra los rebeldes flamencos de 1302 a 1305⁵².

Sin embargo, otras evidencias compensan la falta de fuentes escritas. Por ejemplo, las tumbas excavadas en los campos de batalla de Visby (1361) y Towton (1461) muestran que los hombres permanecían o regresaban al servicio militar al ser necesitados —a veces muchos años después de sus experiencias en batallas anteriores—, como demuestran las heridas de combate curadas en varios de los esqueletos. La más dramática de estas se encuentra en un soldado de Towton, cuya edad estimada en la fecha de su muerte podría llegar a los 50 años. Había sufrido un corte de espada increíblemente desfigurante en la cara más de 20 o 30 años antes, probablemente al luchar junto a las fuerzas inglesas en Francia. Otros tenían heridas curadas en las extremidades e incluso en la cabeza pero aun así habían regresado a la vida de soldado⁵³. ¿Eran simplemente hombres que intentaban reencontrar la aventura y la inyección de adrenalina en la batalla? Probablemente no. Eran soldados de profesión, y esa profesión, aunque fuera tan solo a nivel de subsistencia, era mejor que la de granjero o jornalero. Si conllevaba mayores recompensas económicas —sueldos y posiblemente botines y rescates en la guerra, posibles servicios de vigilancia y guarnición en la paz—, tanto mejor. (Por supuesto, también podían encontrar empleo como mercenarios.)

¿Pero un empleo regular como soldado le convertía en un estipendiario o mercenario, y había diferencia alguna? Probablemente no para el soldado. Imaginemos, por ejemplo, un hipotético soldado flamenco del siglo XII citado como estipendiario en los documentos de la época al combatir por el Conde de Flandes. Si él o su unidad aceptan un empleo como soldados en Inglaterra luchando por Enrique II, ¿es consciente entonces de ser un mercenario? ¿O si es contratado para luchar en Italia por Federico Barbarroja, es ahora un brabanzón?⁵⁴.

⁵² Guillaume GUIART: *Branche des royaux lignages*, en RHGF22.

⁵³ Sobre Visby ver Bengt THORDEMAN: *Armour from the Battle of Wisby*, 1361, Union City, Chivalry Bookshelf, 2001 [1939] y sobre Towton, Veronica FIORATO, Anthea BOYLSTON, y Christopher KNUSEL (eds.): *Blood Red Roses: The Archaeology of a Mass Grave from the Battle of Towton, AD 1461*, Oxford, Oxbow, 2000. Se hallaron más cuerpos en Towton y algunos de ellos, también, mostraban heridas curadas y otras pruebas de un servicio militar prolongado. También pueden verse heridas curadas en las calaveras excavadas de finales del siglo XV que se exhiben en el Museo de Basilea, pero estas no han sido estudiadas o publicadas. (Quiero agradecer a Tim Sutherland por ponerme al día acerca de sus recientes excavaciones en Towton y a Bob Woosnam-Savage por presentarme a los residentes de Basilea).

⁵⁴ En este punto es necesario hacer la distinción entre un hombre empleado como soldado y un miembro de la milicia llamado a prestar un servicio temporal, como hace David Bachrach en este mismo volumen (N. del T.: *Urban Military Forces of England and Germany c. 1240-c. 1315, a Comparison*)

Las levas medievales existieron en teoría, pero raras veces se invocaron de forma efectiva o exitosa, como cuando en 1300 Eduardo I llamó a su ya fatigada leva feudal al servicio militar, y solo cuarenta caballeros y 366 sargentos respondieron⁵⁵. Con un número tan pequeño Eduardo fue incapaz de librar su guerra aquel año. También surgían problemas acerca de a quién llamar. Los campesinos y las milicias urbanas a menudo eran bastante numerosos pero carecían de las habilidades y disciplina para hacer de ellos guerreros eficientes. Hubo también cierta reticencia a reclutar soldados de los sectores agrícolas o contribuyentes de la sociedad. Por tanto, las milicias eran casi siempre levantadas con objetivos puramente defensivos. Un ejemplo de ello se puede hallar en ciertos documentos que recientemente he traducido y comentado en el *Journal of Medieval Military History*. Siguiendo al fracaso del ejército borgoñón del Duque Felipe el Bueno a la hora de capturar Calais en julio de 1436, milicias urbanas y rurales fueron convocadas a lo largo de los Países Bajos meridionales para que protegieran sus tierras de la previsible respuesta militar inglesa⁵⁶. Esta llegó en forma de incursiones por parte de Humphrey, Duque de Gloucester, y de la presencia de barcos ingleses en la costa de Flandes. Muchos miembros de la milicia fueron llamados y montaron guardia a las afueras de sus pueblos y aldeas durante el mes de agosto. ¿Pero dónde estaban las tropas profesionales, como las de Gante y Brujas que fueron justamente culpadas por el fracaso de Felipe en Calais? Estaban con el ejército borgoñón que se retiraba hacia Borgoña. Eran soldados profesionales –aunque pésimos, ya que dejaron que su rivalidad inter-flamenca determinara su actividad militar fuera de Flandes–. No eran una milicia. Además, donde había requisitos obligatorios de combinar la tenencia de tierras con la prestación de servicios militares, como en el Imperio Carolingio o la Wessex anglosajona, estos solo forzaban el servicio de los soldados, no de los terratenientes⁵⁷.

Finalmente, es necesario apuntar que aunque es cierto que la mayoría de los mercenarios medievales tempranos no son conocidos por su habilidad especial con una sola arma, al final de la Edad Media eso se convierte en algo mucho más frecuente. Los ballesteros genoveses son quizá los más conocidos de estos soldados por su papel en la derrota francesa en la Batalla de Crécy en 1346 –aunque reflejando mi argumento anterior, no eran todos genoveses⁵⁸–, pero las fuentes también mencionan a los arqueros ingleses, artilleros borgoñones y a los arti-

⁵⁵ Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages...*, p. 80.

⁵⁶ Kelly DeVRIES: “Note: Provisions for the Ostend Militia on the Defense, August 1436 », *Journal of Medieval Military History*, 3 (2005), pp. 176–83.

⁵⁷ Sobre las obligaciones militares de los terratenientes carolingios ver F.L. GANSHOF: *Frankish Institutions under Charlemagne*, Nueva York, Brown University Press 1968, p. 66 y sobre las de la Wessex anglosajona ver Nicholas P. BROOKS: ‘The Development of Military Obligations in Eighth- and Ninth-Century England’, en P. CLEMOES y K. HUGHES (eds.), *England Before the Conquest: Studies in Primary Sources Presented to Dorothy Whitelock*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pp. 69–84.

⁵⁸ Ver Gabriella AIRALDI: “The Genoese Art of War”, en Dionisius A. AGIUS e Ian R. NETTON (eds.), *Across the Mediterranean Frontiers: Trade, Politics and Religion, 650–1450: Selected Proceedings of the International Medieval Congress, University of Leeds, 10–13 July 1995, 8–11 July 1996*, Turnhout, Brepols, 1997, pp. 269–82, y Alessio CENNI: “The Diffusion of the Crossbow in Italian Warfare”, *Journal of the Society of Archer-Antiquaries*, 42 (1999), pp. 46–54.

llos alemanes o húngaros⁵⁹. Todos ellos recibían una paga, una buena paga –a los artilleros del ejército borgoñón a mitad del siglo XV se les pagaba lo mismo que a un soldado de caballería pesada⁶⁰. Esto daría paso, a finales del siglo XV y principios del XVI, a los *landsknechts*, mercenarios suizos y alemanes que, por supuesto, no eran todos suizos y alemanes⁶¹.

El reclutamiento de soldados medievales y su motivación para combatir son los problemas de los que se ocupa este artículo, y no simplemente la definición del “mercenario” medieval. Los buenos soldados siempre fueron necesarios para engrosar las filas de los ejércitos medievales, y siempre estuvieron bien pagados, ya fuera mediante la subsistencia, los salarios, el botín, rango, estatus o nobleza. La vida de soldado era su profesión. Y si con ello podían aumentar aún más sus salarios, ¿por qué no ser hunos, sajones, varegos, flamencos, brabantones, catalanes, genoveses o suizos, incluso si no eran hunos, sajones, varegos, flamencos, brabantones, catalanes, genoveses o suizos?

⁵⁹ Aunque hay numerosos ejemplos de ellas, sobre referencias a los arqueros ingleses y los artilleros borgoñones ver no. 8 anteriormente. Sobre los artilleros alemanes/húngaros ver Kelly DeVRIES: “Gunpowder Weaponry at the Siege of Constantinople, 1453”, en Yacoov LEV (ed.), *War, Army and Society in the Eastern Mediterranean, 7th–16th Centuries*, Leiden, Brill, 1996, pp. 343–62.

⁶⁰ Los pagos de Carlos el Temerario a sus soldados están recopilados en las ordenanzas militares de 1468–1473. Ver Richard VAUGHAN: *Charles the Bold...*, pp. 208–18.

⁶¹ Reinhard BAUMANN: *Landsknecht: Ihre Geschichte und Kultur vom späten Mittelalter bis zum Drießigjährigen Krieg*, Munich, Beck, 1994.